



La condesa del sauce.

Sentada bajo el manto de sombra que proyecta el inmenso sauce, no puedo sino pensar en aquello que decía mi padre: “El arte, la gloria, la libertad, se marchitan, pero la naturaleza siempre permanece bella”. La característica quietud del campo cala en mis venas y siento como si mi mente hubiese encontrado un verdadero momento de paz. Inspiro profundamente un aire del todo puro mientras escucho el agua correr por el arroyo cercano.

Las últimas semanas mi cabeza ha sido un hervidero de actividad. Desde que oí hablar de la máquina, me interesé enormemente por la propuesta del matemático pues supe que escondía un gran potencial. He trabajado sin cesar los últimos días para traducir y anotar el artículo que la describe y ha brotado en mí una pequeña y cautivadora idea que crece sin que la pueda controlar.

No obstante, el ruido mental y el ajetreo de mi residencia eliminan cualquier posibilidad de plasmar en el artículo el concepto que voy fraguando. La naturaleza ha resultado ser la solución a mi problemática inicial y ahora, sentada bajo el sauce puedo notar como mi plan se va descriptando poco a poco al son de la música natural.

A veces, es poco evidente la relación entre una gran idea científica y la naturaleza. Sin embargo, son mucho más dependientes la una de la otra de lo que nos gusta pensar. Para tener una buena idea se requieren dos elementos: una mente dispuesta y la capacidad para soñar. Pues bien, la naturaleza es idónea para acallar a la mente más inquieta con sus ensayadas nanas y su espectáculo visual. Y, además, ha probado ser la única que, mientras me encuentro aquí, yaciendo junto al sauce, logra incitarme a soñar.

Lucía Alba Torres.